

Romualdo De Reales y
Alarcón

Cuentos de un tacaño

12/02/2013

Eduardo Chamorro

Anécdotas Iniciales

Romualdo De Reales y Alarcón tenía alrededor de setenta años, estaba viudo ya en esa etapa de su vida, su esposa Leonor del Cardumen y Fontana había muerto cinco años antes debido a una pulmonía fulminante. Como nunca tuvieron hijos, él vivía solo en la gran casona familiar, solamente acompañaba al viudo una señora llamada Lastenia que le servía de cocinera y realizaba todas las labores domésticas, pero ella no dormía “adentro”, como se acostumbra a decir, se iba a su casa toda los días a las tres de la tarde y regresaba todas las mañanas a las siete en punto. Él se acostumbró rápidamente a la soledad, pues de alguna manera siempre había sido un solitario, desde niño en la escuela, sus compañeritos lo evitaban pues decían que era hosco y de pocas pulgas. Él pensaba que La soledad tenía sus ventajas: “ Sí señor, no te tenés que preocupar por ser alguno, más que por vos mismo, no le tenés que dar cuentas a nadie, comes cuando querés, te bañas cuando gustes, sales y entras sin dar explicaciones y a esta edad esas cosas se agradecen.”

Aunque en realidad Romualdo era dueño de un soberbio capital heredado, podríamos decir que siempre fue muy espartano en su vida, extremadamente espartano, compraba únicamente lo estrictamente necesario para su vida. Por ejemplo si necesitaba jabón de baño, buscaba entre todas las opciones la más barata, la cual ya no entraba en la categoría de esos jabones, de baño, sino en los de lavar ropa, él decía que era la misma babosada, aunque el solo agarrarlos era asunto delicado, pues son unas grandes bolas casi esféricas, que difícilmente los acaparas con la mano y son increíblemente resbaladizos, pero a él le gustaba el ejercicio de estarse agachando constantemente a recogerlo cuantas veces se le escapara de las manos en su cuarto de baño, le recordaba alegremente un uso que le daba al jabón, cuando siendo un adolescente su señora madre -“que Dios la tenga en su Gloria”- lo sorprendió involuntariamente masturbándose en el baño...

-¡Dios mío Romualdito! ¡Qué cochinas estás haciendo!- Pegó el grito la madre.

-¡Nada mama! ¡Jodido! ¡Ya no puede uno enjabonarse a la velocidad que quiera, jodido!- le contestó él, como aireado.

Romualdo no era hombre de tirar el dinero, su habilidad para gastarlo estaba realmente reducida, atrofiada, no le gustaba, así fue desde siempre, lo conocían en el pueblo con el mote de “sebo de riel” pues decía la gente que era más fácil agarrar un pedazo de riel, retorcerlo y sacarle grasa o sebo que sacarle a Romualdo un tan solo centavo de su bolsa. Se jactaba con sus

amigos y vecinos que él podía sobrevivir con una cantidad sumamente módica y aún así le sobraba, no tenía refrigerador en casa pues eso consumía mucha energía eléctrica y era muy cara, nada valía comprar a diario el peso de hielo para el agua o los refrescos y eso de guardar alimentos era una locura, no había como comprarlos diariamente, fresquitos y en rebaja en el mercado. Su extremo era tal, que mucha gente opinaba que Romualdo, cuando iba a misa los domingos y pasaban la bolsa recolectora de la limosna, él introducía su mano en ella como haciendo el amago de depositar monedas pero que en realidad halaba un par de billetes entre el dedo índice y medio, en pinzas, pero nadie lo podría asegurar a ciencia cierta, era una mera suposición de las viejas chismosas y beatungas del vecindario.

Castidad Integral Probada

En una ocasión, estando Romualdo urgido con las necesidades propias de su sexo, veía pasar gente desde la puerta principal de su casa, que daba a la calle, cuando en eso observó ante sus narices una voluptuosa muchacha a todas vistas dedicada a la profesión más antigua de la humanidad, él, ni corto ni perezoso la llamó...

-Amiga, vení para acá... ¿Cómo te llamás, amor?

- Me llamo Rebeca, señor- contestó la fémina.

- ¡Qué linda mi Rebequita! ¿Qué linda que sos, mi niña! ¿Quisieras pasar un rato agradable conmigo acá en mi casa, Rebequita bonita?- soltó de romplón Romualdo.

-Eso depende usted- contestó la joven.

-¿Depende de qué, mi Rebequita, mi lucerito precioso?

-De que me paguen lo que yo cobro, pues. - Aterrizó sin recato la joven.

-¡Ah, pues! ¿Y cuánto cobrás vos, muñequita bella?

-Cien pesos, doncito.

- ¡Cien pesos! ¡A la gran puta! ¡Eso está carísimo! ¡No, mamita, a ese precio, mejor me lo gano yo solito! - Soltó Romualdo haciendo movimientos con su mano derecha a como cuando se agita un cuchumbo de dados. Así era Romualdo, casto el hombre.

Astucia Empedernida

Cuando se le antojaba tomar limonada, para el caso, se dirigía al mercado que tenía fama de ser el más barato, situado muy largo de su casa, pero por ahorrarse sus bollos, él podría caminar hasta el mismísimo fin del mundo, cuando llegaba cotizaba ante todas las marchantas comerciantes de limones, cuando encontraba la más barata, empezaba a negociar.

-¿Cuánto me habías dicho que valía la docena de limones, mi amor?

-A cinco cincuenta, caballero, están riquísimos y jugosos.- le contestaba amablemente por segunda vez la vendedora.

-¡Están carísimos marchanta! Eso te da como a cuarenta y seis centavos cada uno, tomá cuarenta centavos y vendeme aquel hermoso limón maduro que está encima de todos, pues, mujer. - Soltaba su propuesta Romualdo.

-¡No jodás, viejo pendejo, yo no vendo por unidad y menos al precio que vos querrás! - Contestaba sumamente enojada la mujer por hacerle perder su tiempo.

-¡Me deberías agradecer que te vengo a comprar tus limones amargos, pura pirracha son, ya sabés lo que podés hacer con ellos, vieja malcriada! - Insultaba Romualdo a la comerciante.

-¡No jodás, viejo cabrón! ¡Mis limones son los mejores de aquí! ¡Andate a la mierda... si no querés que mi marido te cachimbee, pendejo! - Contestaba la mujer a la vez que le lanzaba un limonazo a la cara, él lo capeaba, salía corriendo tras el limón para recogerlo y llevárselo para preparar su buen vaso de limonada. Así era Romualdo De Reales y Alarcón: hombre astuto.

Y es que posiblemente lo heredaba, pues la gente contaba que cuando él era muy pequeño, su papá le decía: "Mirá Romualdito, si te portás bien, sacás buenas notas en la escuela y hacés caso a tu mamá y a tu papá, te prometo que el sábado te llevo a la heladería esa que te gusta para que me veás comer helado de chocolate."

La verdad era que Romualdo pensaba que a los centavos había que cuidarlos, los pesos se cuidaban solos, pues precisamente él vivía del montón de pesos en inversiones que le había heredado su papá, persona que tampoco disfrutó mucho de ese capital, excepción hecha del despilfarro de los sábados con su helado de chocolate, un lujo asiático exotiquísimo en esa familia.

La casona colonial era herencia del bisabuelo al abuelo, del abuelo al padre y del padre a Romualdo. Todo el mobiliario de la casona fue del bisabuelo, no había nada, textualmente: Nada incorporado o comprado por los descendientes del viejo, a como le llamaban con mucho respeto. En la sala había una fotografía del venerable anciano, daguerrotipo en blanco y negro, en un marco ovalado, luciendo una impecable levita negra y unos mostachos tipo guerrillero mexicano, a lo Pancho Villa, a esa foto Romualdo le encendía una veladora con mucha frecuencia, en reconocimiento a su obra, pues verdaderamente todo se lo debían a él, el viejo se había dedicado a la búsqueda de oro y lo había logrado, lo había encontrado en abundancia allá por Santa Rosa del Peñón, dejando tras él un gran capital y muchas inversiones dentro y fuera del país, inversiones rentables que seguían activas hasta el día actual y ahora todas ellas en poder del bisnieto Romualdo, ¡Una maravilla! Ni el abuelo ni el padre ni mucho menos Romualdo, habían trabajado en serio un solo minuto en sus vidas, pero eso sí: todos incrementaron más el capital heredado pues no lo gastaban y los intereses e inversiones lo hacían crecer constantemente, ser espartanos era algo tan natural para ellos como lo era el beber agua cuando uno tiene sed o dormir cuando se tiene sueño.

El traje entero de la Escuela y Zapatería

Cuentan que cuando Romualdo cumplió sus siete años de edad, que era el tiempo de empezar la escuela de párvulos en esa época, su padre ordenó a su consorte y madre del niño que desbaratara un viejo saco que ya no le quedaba más, para que con la tela pudiera hacerle al novel estudiante un buen trajecito para que fuera a la escuela pública del pueblo. La madre siguió las instrucciones y elaboró un muy bonito traje para el chavalo, con él lo despachó a su primer día de clases, bien peinado con vaselina. Ya en el aula la profesora observaba que Romualdito agachaba su cabeza hacia las solapas del traje, las olfateaba vigorosamente y se le veía como ausente, como aturdido...

-¡Romualdito, deje de agacharse y ponga atención a lo que decimos en el aula!
- Le requirió la maestra.

-Perdón maestra, pero...

-¿Qué le pasa niño? ¿Qué es esa cara que pone de ascos?- Le atacó la maestra.

-¡Snif, snif! Maestra: sucede que mi mamá hizo este saco de unos pantalones viejos de mi papá y me parece que acá en las solapas es donde le quedaba el culo, ¡apesta maestra, estoy mareado! -Así era Romualdito De Reales y Alarcón: Observador implacable.



Ya más crecido, cuando Romualdito necesitaba un par de zapatos nuevos pues los viejos y únicos que andaba estaban ya todos agujereados y “pidiendo agua”, o sea la suela abierta por delante como cuando un perrito saca la lengua, recurría a su padre con la solicitud de un nuevo par, el padre invariablemente le mandaba a cotizar a todas las zapaterías del pueblo hasta encontrar la que vendiera el par más barato. Romualdito sufría mucho para lograr esta adquisición, pues no solamente era encontrar lo más barato, si no que el padre le decía cuando al fin la encontraba:

- Está bien, lo pensaré.- No era hasta que prácticamente Romualdito andaba descalzo que le soltaba la plata para comprar sus benditos zapatos nuevos, eso sí: los más baratos de todo el pueblo, pero un lujazo para el bisoño, así eran ellos, así eran los De Reales y Alarcón: Económicos.

Filosofía de Vida

Romualdo se bachilleró en filosofía y letras con más o menos buenas notas, a pesar de los muy pocos útiles y recursos que tenía a mano, gracias a Dios en el pueblo existía una muy buena librería pública donde él gustaba pasar las tardes leyendo libro tras libro, haciendo de él una persona verdaderamente ilustrada, podríamos decir culta, hasta llegó a aprender inglés él solito, armado de una novela escrita en exquisito inglés, un diccionario Oxford que incluía la fonética de las palabras y listo, se defendía muy bien en la lengua de Shakespeare. El libro que más le gustó siempre fue “Don Quijote de la Mancha” en primer lugar y en un no menos distinguido segundo lugar tenía a “Cien años de Soledad” pues el primero le abría un mundo de aventuras inverosímiles, y el segundo a él se le parecía mucho a su pueblo, el tal Macondo de la novela. Bien pudieron ser ellos la familia Buendía de la historia, le gustaba hacerse a la idea que el oro con que el coronel Buendía fabricaba y fundía sus pescaditos esperando su jubilación, era el mismo oro que descubrió su bisabuelo en el monte, a lo mejor. Cuando Romualdo le dijo a su padre que quería estudiar literatura en una prestigiosa universidad de México, su padre pegó el grito al cielo...

-¡Qué decís! ¡Estudiar literatura en México! Mirá Romualdo De Reales y Alarcón: Dejate de babosadas, ni tu bisabuelo, ni tu abuelo ni yo fuimos a ninguna universidad a estudiar nada, mucho menos esas pendejadas de las letras, mirá a Rubén Darío: ¿Quién sabía más de letras que él? Y era más pobre que un cura católico en aldea de judíos. Vos lo que vas a hacer es encargarte de la finca productora de leche, la “Cerro de Bloques”, que de eso yo no sé nada y nunca me ha gustado, eso si querés que yo te deje herencia alguna, no quiero oír nunca más esas pendejadas, sos un tronco de bachiller, eso es todo lo que necesitás, nada más.

¿Qué se suponía que iba a hacer Romualdo? Único hijo, un gran capital que heredar y cuidar, no convenía contradecir al padre, así que se acomodó a lo mandado y pasó sus días juveniles contando litros de leche producidos, vendidos y pagos de mozos de la hacienda “Cerro de Bloques”, cuestión que no le gustaba en absoluto y la soportaba pues le tomaba únicamente unas dos horas diarias de su tiempo, el resto lo pasaba leyendo acostado en una hamaca en el corredor de la casona, libro tras libro, como una vez lo hizo Don Quijote. Igualmente se casó cuando su padre lo indicó, con quien se lo indicó, con Leonor del Cardumen y Fontana, otra heredera de rica familia, nunca se quisieron pero se toleraban armónicamente y nunca tuvieron hijos ni quisieron adoptar ninguno, eso era mucho gasto y preocupaciones para ellos, por otro lado: nunca hubo una Dulcinea para él, más que una enamorada platónica que siempre tuvo, llamada Elena, y que únicamente a su amigo de la niñez Leónidas había alguna vez contado pues era prima de él.

Cuando su esposa murió, le quedó una muy buena herencia de parte de ella, que aunada a la de él, hablamos de cantidades inconmensurables de dinero, lo que lo obligaba a cuidar más los centavos, pues los pesos se cuidaban solos, haciéndose más espartano aún, si cabe la expresión, en su modo de vivir.

Romualdo el Político

Ya siendo viudo, a Romualdo se le metió que debía ingresar a la política, motivado más por personales intereses que por su amor a sus semejantes, pensaba que los cobros municipales por impuestos a sus propiedades eran exagerados y tenía que hacer algo para frenarlos, así que se le ocurrió que siendo alcalde bien podría poner un alto a eso. Empezó a asistir a reuniones del partido opositor, esas reuniones le parecieron maravillosas pues había siempre bebidas y bocadillos, cuestión que aprovechaba para escamotear algunos en su pañuelo y así se ahorra sus centavos con la cena de ese día. Por esos tiempos al partido opositor lo respaldaba la gran potencia imperial del norte, por lo que contaba con un financiamiento extraordinario en aras de botar al presidente oficial por medios cívicos, mediante elecciones. Esto le atrajo mucho a Romualdo, pues serían dos pájaros de un solo tiro: Primero, no tendría él que financiar nada y segundo al botar al presidente y estando él de alcalde opositor de su pueblo, bien visto por el nuevo gobierno instalado en la loma, rebajaría sus propios impuestos municipales y aún los nacionales, como ser el de la renta, perfecto. Para el partido opositor fue un gran honor acoger a Romualdo en su seno, representaba al gran capital, y no fue ninguna novedad ni causa de asombro que él fuera elegido por el caudillo opositor como el candidato a alcalde de su municipio para las próximas elecciones.

Las elecciones se dieron, posiblemente Romualdo las ganó, pues el candidato oficialista iba en reelección, tras una administración desastrosa y muy poca transparente y no tenía absolutamente ningún arrastre popular pero el oficialismo realizó un fraude gigantesco y los ganadores fueron los candidatos oficialistas, aparecieron cerros de boletas de votos en los basureros de las ciudades, pueblos y villas del país, en el caso que nos ocupa todos aquellos que tenían la equis encima del nombre “Romualdo De Reales y Alarcón”, así que no pudo ser alcalde el hombre. Eso no lo amilanó, siguió yendo a las reuniones políticas, no era para despreciar los bocadillos, vinitos y refrescos, lo hacía más para pasar el rato y ahorrar que cualquier otra cosa, lo del país... Que lo arreglaran otros, él tenía su vida en orden. Así era Romualdo De Reales y Alarcón: Pragmático.

Por ese tiempo circulaban dos periódicos en el país, Romualdo había ideado la estrategia para que saliera económico la lectura de ambos: Compraba solamente uno de ellos, el cual lo leía sentado en la acera de su casa, en una ancestral silla mecedora que sacaba de la sala, alumbrado por la tenue iluminación que proporcionaba el único farol de la calle, así no gastaba electricidad de su bolsa. Tenía un trato con el vecino de enfrente: cuando terminaba de leer su periódico, cruzaba la calle y lo intercambiaba por el otro diario con el amigo, con quien de paso comentaba las noticias del día y de la guerra que ya había estallado en diversas partes del país ante el fraude de las elecciones. Esa guerra no prosperó, el gobierno rápidamente tomó represalias, encarceló a los cabecillas opositores y todo acabó rápidamente, el pueblo simplemente no estaba en ánimos de luchas armadas y después de todo el caudillo oficialista no era tan malo: se enriquecía monstruosamente, pero dejaba trabajar a la gente, si no te metías con él, todo estaba bien, a Romualdo no lo molestaron en absoluto, pues sabían de su inocuidad. Eso sí, ante su dolor, dejó de asistir a toda reunión política por más bocadillos gratis que hubiera, ni modo. Así era Romualdo de Reales y Alarcón: Prudente.

Ahorros y Vida espartana

Una mañana Romualdo despertó sintiendo un leve pero tenaz dolor de cabeza, pensó que sería algo pasajero, tomó un par de aspirinas y siguió con su rutina diaria. Eran las once de la mañana y el dolor aún persistía, no lo soportaba así que se dirigió a consultar al médico del pueblo a pesar de los honorarios exagerados, según él, que tendría que pagar. Llegó rápidamente al consultorio del galeno pues solamente distaba éste un par de cuadras desde su casa. En la pequeña sala de espera para hacer tiempo al turno de la consulta con el doctor se apretujaban seis pacientes, sentados en sendas sillas mecedoras, abanicados todos por un gran ventilador eléctrico de pie, que hacía un ruido y un chicharreo más o menos molesto al girar. Romualdo preguntó con voz recia al nomás entrar a la salita:

-¿Último?

-Yo, dijo un señor que llevaba amarrado un pañuelo en la cabeza, levantando su mano derecha.

Ese era el efectivo e ingenioso método usado por el doctor, que lo había aprendido en un viaje de vacaciones en Cuba, sistema que utilizaban los cubanos en los moteles caseros clandestinos en la Habana, para los amores

prohibidos, quería decir que tras el que expresó ser el último, ahora ese lugar pertenecía a Romualdo, si alguien nuevo entraba, igualmente preguntaría quién era el último: -Yo soy- diría Romualdo y así se seguía el orden de entrada, pues el galeno no contaba con una enfermera, secretaria o similar que fuera dictaminando el orden de atención de sus pacientes para su consulta, era el método más justo del “primero llegado, primero atendido” a menos que fuera una urgencia. Romualdo esperó pacientemente su turno, cuando por fin le tocó ingresar al consultorio saludó campechanamente al galeno:

-Buenos días doctorcito, me trae acá un fuerte dolor de cabeza, hasta que me zumban los oídos.

-Siéntese acá, Don Romualdo, dígame, ¿desde cuándo tiene ese zumbante dolor?

-Desde hoy en la mañana, doctor, desde que abrí el primer ojo.

-Bien, le revisaré sus vitales, señor. - Procedió el doctor a medirle la presión, le tomó la temperatura, lo auscultó, le hizo fondo de ojo, le examinó la garganta... -No le veo nada, Don Romualdo, todo sale perfecto, ¿Tal vez se desveló anoche? ¿Alguna actividad diferente a la usual?

-No doctorcito, yo siempre hago casi lo mismo todos los días, no hice nada diferente... Espere, sí, sí hice algo diferente ayer, ya no tomé café negro, que siempre tomo una taza en el desayuno y otra en la cena.

-¿Cómo se toma ese cafecito, señor, suave o cargadito? - preguntó el doctor.

-Cargado, cargado, mi amigo, le echo seis cucharadas de café, me encanta fuerte y caliente, prácticamente es lo único en lo que me consiento.

-¡Correcto! ¿Por qué no se las tomó usted ayer, Don Romualdo?- inquirió el galeno.

-¡Jodido! ¡Subió dos pesos el pote de café instantáneo! Decidí que al acabármeme el último ya no más, no es la cosa para hacer ricos a los cafetaleros, mi amigo.

-Pues se fregó, señor, pues por eso es que usted tiene ese dolor de cabeza, es abstención de cafeína, así que yo le recetaré que se siga tomando esas dos tazas al día, eso sí: vaya bajándole gradualmente de seis cucharadas del grano hasta dejarla en una sola, es pésimo tanta cafeína en el cuerpo, de milagro usted puede dormir, seis cucharadas de café revivirían a un zombi en Haití.

Salió muy enojado Romualdo, no había logrado cancelar las dos tazas de café diarias, si no que ahora hasta se las recetaba el médico, ¡Habiendo subido dos pesos la chochada! Pero lo pensó mejor y esbozó rápidamente una sonrisa de

oreja a oreja: -Con una cucharada de café, en vez de seis, se estaba ahorrando cinco cucharadas por taza, diez en un día, trescientas en un mes... ¡Eso eran como seis potes de café! Si le restamos la cuenta del doctor, ¡Salgo tablas! ¡Me sale gratis la consulta! ¡Nada de rebajarlo gradualmente, empiezo hoy mismo con una sola cucharada así me reviente la cabeza, jodida!- Hasta el dolor se le quitó de la alegría, así era Romualdo De Reales y Alarcón: avisado como él solo.

Hildebrando: El Montado Vespertino del Club Social

En el pueblo colonial, había una costumbre muy particular: Cerca de las cuatro y media de la tarde, cuando bajaba el sol y los sopores y fuegos de medio día habían amainado, de quince a veinte ancianos de “la sociedad”, vestidos todos de trajes blancos de lino, sombreros y bastones, llegaban al Club Social, situado en la Plaza Central, acarreaban de adentro del local una silla mecedora cada uno y las colocaban todas en línea, una contiguo a la otra, en la acera, enfrente de la entrada principal del edificio. Todos pedían invariable y únicamente un vaso de agua helada al mesero, con mucho hielo, platicaban y chismeaban, pasaban ahí hasta más o menos las seis de la tarde, todos los días del mundo, nadie gastaba un solo peso, nunca dejaban propina pero la pasaban de lo lindo haciendo sus remembranzas y habladurías, todos eran de la gran sociedad local. Entre ellos no faltaba, por supuesto, Don Romualdo De Reales y Alarcón. Desgraciadamente para estos ancianos, en el pueblo también vivía Don Hildebrando Veraz, que si bien era de buena cuna, era un hombre en sus treinta y tantos totalmente díscolo, no sujeto a las normas sociales. Hildebrando venía observando esa inveterada costumbre de los ancianos, “El Concejo de Ancianos” les llamaba él.

-“Un día los voy a joder, se sientan en la acera del Club Social todo ese atajo de momias, no gastan ni un peso, se acaban siempre todo el hielo y no dejan de joder a la gente que por ahí transita ocupada y mucho menos a los pobres meseros, chismeando de la persona que para su desgracia tiene que pasar caminando por el lugar y hacen difícil la entrada al Club”- pensaba siempre que los veía Hildebrando a todos ellos, ahí sentaditos, chismeandito.

Una de esas plácidas y tranquilas tardes para mala suerte del “Concejo de Ancianos” Hildebrando Veraz venía entrando al pueblo, procedente de su hacienda, cabalgando por el lado sur de la Plaza Central muy cerca del Palacio Episcopal, se dirigía a su casa y venía con sus buenos tragos entre

pecho y espalda, bien tragueado el muchacho. Se acercaba trotando en su caballo, caballón ibero enorme y recio, de gran alzada, calzaba la bestia herraduras nuevas de hierro: ¡Clap, clap, clap! El hombre entraba con una larga fusta en su mano, de puro cuero, con la mirada turbia y con el cerebro confuso, asoleado... en eso divisó a los veteranos sentados allá en frente, en el Club Social, hincó repentinamente sus espuelas de acero en la panza del equino y se dirigió en veloz carrera directamente hacia ellos, fusta alzada en su mano derecha, dando sonoros gritos...

-¡Jueputa viejos! ¡Vayan a trabajar! ¡Busquen qué hacer, dejen de estar ahí de huevones toda la tarde jodiendo! ¡A sus casas, cabrones! ¡Zas! ¡Zas! - movía la fusta con furia en su veloz carrera.

Cuando Romualdo De Reales y Alarcón vio venir a Hildebrando Zagaz encima, se levantó a toda carrera de su mecedora, chorreó toda el agua helada de su vaso en la humanidad del anciano vecino y corrió a esconderse detrás de la puerta enorme de entrada, poniéndose a salvo de la embestida del enloquecido jinete, los otros ancianos, mucho mayores que Romualdo, trabajosamente se levantaron y corrieron adentro del local, buscando cómo protegerse de los fustazos que daba Hildebrando Zagaz, como loco, a todos ellos, a diestra y siniestra. No tuvieron mucho éxito los ancianos, casi a todos alcanzó aunque sea un fustazo en la repartición, menos a Romualdo, bien agazapado él tras la puerta. Incluso un par de ancianos se había capeado del castigo, subiendo por las grandes escalinatas al segundo piso del local, pero no contaban con que el enfurecido y alcoholizado jinete no solamente se metería al Club Social con todo y montura, si no que empezaría a subir con el brioso caballo las gradas en persecución del par escapado, las subió de solamente tres brincos y fustaneó así al par de viejitos faltantes... ¡Zas, Zas! A cada uno. Luego, tranquilamente, Hildebrando Zagaz bajó al primer piso, saludó con gestos caballerosos al personal del Club Social y a los concurrentes que había en esa hora y salió a la calle, como si nada, dejando tras sí un gran desorden de sillas y vasos quebrados, gente asustada y viejos fustaneados, menos Romualdo, que sabiamente se escondió tras la enorme puerta de entrada. Demás está decir que no se le ocurrió nunca más llegar a tales reuniones, por mucha agua helada gratis que se repartiera, así lo llevaran chineado, así era Romualdo De Reales y Alarcón: Precavido.

Amistades de la Infancia

A solamente tres casas de la de Romualdo había una especie de ferretería, y decimos especie de ferretería pues realmente ahí se vendía casi de todo, desde escobas hasta papel higiénico, desde clavos hasta pinturas. El nombre del negocio era “El Cazador”, nadie sabía a qué se debía el mote, pues nunca vendieron nada que sirviera para tales fines, locuras del dueño, un señor ya mayor llamado Leónidas, era el mejor amigo de la infancia de Romualdo y también vivía ahí mismo en la parte trasera de la ferretería con su esposa Sofía, nunca tuvieron descendencia ellos. La parte trasera de la casa era muy amplia, de dos corredores y patio grande al centro, ahí mismo mantenía Leónidas unos monos cara blanca como mascotas, comían bananos todo el santo día y ejecutaban diestramente con suma maestría mil vulgaridades, rampantemente, para vergüenza de las visitas de la pareja no así para Leónidas, que las disfrutaba mucho dando enormes carcajadas y señalando a los monos diciendo: -¡Bandidos, bandidos estos micos! Leónidas era dueño de un humor infantil, le encantaba hacer observaciones y chistes cuyo origen fueran los desechos humanos, en cualquiera de sus formas, eso le fascinaba enfermizamente, era una obsesión, una copro-manía completa fijada en su cerebro fuertemente hasta en la última neurona, aún en la mesa de comer disparaba esas observaciones y chistes sin percatarse nunca del malestar causado a algún otro comensal que no fuera su esposa, la cual ya estaba acostumbrada y tenía cayos para eso. También era Leónidas aficionado a la buena música y tenía el matrimonio una pianola, la que la pareja escuchaba sonar, rollo tras rollo por las noches cálidas y húmedas de aquel pueblo tropical, escuchaban ambos las variadas piezas musicales de antaño muy melancólicamente, agarraditos de las manos, como acordándose de sus años de picaresca juventud ya perdidos para siempre. Pues bien, Romualdo De Reales y Alarcón estando hamaqueando en el corredor de su casa sintió un retortijón corto y punzante en sus entrañas, una urgente y definitiva premura por ir al inodoro se adueñó de él pero recordó que ya no tenía papel higiénico, por lo que se apresuró a salir a la calle, dirigiéndose directamente a “El Cazador” a comprar un rollo de papel a Leónidas. Cuando entró apresuradamente Romualdo al negocio, Leónidas atendía a Elenita, la niña platónica que le gustó en la adolescencia, conocida por él desde su niñez, la atendía con toda parsimonia y además estaba preguntándole a ella por Raymundo y medio mundo el ferretero.

-Buenos días Elenita, buenos días Leónidas.- Dijo Romualdo cortésmente a ambos.

-Buenos días Romualdo.- contestaron los dos al unísono.

Volteó a ver Leónidas a su prima y continuó con la interrumpida cháchara:

-¿Y vos no has visto a la Melita, niña? Tengo siglos de no saber de ella.- inquiría Leónidas.

-Sigue igual, nunca se le quitó el reumatismo, toma bicarbonato de sodio para eso. (Esa era la receta en esa extensa familia, para cualquier mal tomaban bicarbonato de sodio).

-Pero siempre debe ella beberse sus aperitivos como antes... ¿Verdad?- Preguntaba en voz baja Leónidas.

-Sí, ahí no hay reumatismos que valga, sus traguitos técnicos nadie se los quita...

Don Romualdo De Reales y Alarcón no tuvo más que interrumpir la graciosa plática, pues estaba en un estado de casi de paroxismo, sentía más y más fuertes los retumbos internos, el dique de contención podría ceder en cualquier momento por más que se esforzara en retener y cruzar las piernas disimuladamente, venciendo su vergüenza ante Elenita no tuvo más que intervenir.

-Discúlpeme señores, pero ando apuradito... ¿Me podrías vender un rollo de papel higiénico, Leónidas? La marca de siempre, vos sabés cuál, con las disculpas de Elenita.

Leónidas levantó la vista, subió la barbilla para enfocar sus ojos con los bifocales en el rostro de Romualdo y preguntó directamente:

-¿Para qué querés un rollo de papel higiénico, mi querido Romualdo?- con una cara de absoluta seriedad, como preguntaría algo un examinador de grado de tesis a un aspirante a licenciado en la Sorbona de París.

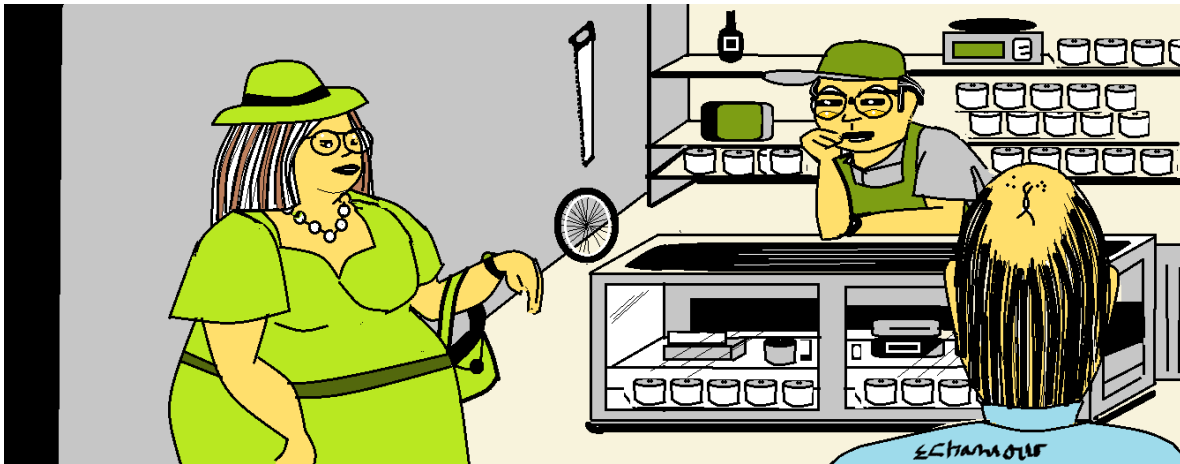
-Vendeme por favorcito un rollito de papel, no seás bandido, Leoniditas, apurate hombre.- Contestó Romualdo con una triste carita de sufrimiento, sudando visiblemente.

-¿Para qué jodido querés un rollo de papel higiénico? ¡Si no me lo decís, no te lo despacho, vos me conocés! - Apretó Leónidas, observando fijamente la apurada, sudada y enrojecida cara de su vecino y amigo tras los bifocales.

Romualdo, conociendo perfectamente a Leónidas y calculando el poquísimo tiempo que dudosamente disponía para regresar al “trono” de su casa, no tuvo más que soltar sus vergüenzas ante la dama.

-¡Para limpiarme el culo, hombre! ¡Para limpiarme el culo! ¡Para eso lo quiero, y para qué más, pues, apurate papito!

Elenita se llevó una mano a la abierta boca, asombrada, no sabía que Leónidas siempre preguntaba a Romualdo lo mismo cuando compraba cada vez su rollo de papel higiénico, solamente que siempre había sido esto en voz baja y al oído, entre los dos únicamente el intercambio coloquial, seguramente Leónidas captó con su aguda inteligencia la premura del otro y quiso pasar un rato de lo lindo exponiéndolo a una vergüenza espantosa ante su prima Elenita, persona de la cual había sido enamorado platónico su amigo en la adolescencia, sólo él lo sabía. Romualdo De Reales y Alarcón, jamás, pero jamás, volvió a comprar papel higiénico en “El Cazador”, así era él: Selectivo.



Acapulco

Cuando en el pueblo abrieron el primer Súper Mercado fue gran noticia, todo el mundo hablaba de lo grande y cómodo que era: -“Tenía aire acondicionado y nadie atendía, uno podía escoger las cosas que compraba tranquilamente, tomar lo que llegara a buscar, echando todo en una carretilla y pasar a la caja a pagar”. Todos pronosticaron que ese sistema se prestaba a una gran robadera, - “¡Qué ilusos los dueños! Los dejarían barridos pues en los negocios había que estar ojo al Cristo, ahí cualquiera metería mano”. A Romualdo De Reales y Alarcón se le ocurrió meterse al nuevo negocio una mañana, más por curiosidad que por realizar alguna compra.

-Hombré, ¡Qué sabroso esto del aire acondicionado!- pensaba. - Qué gran gasto de electricidad tiene esta gente: aire, mantenedoras y lámparas por todos lados y encendidas en plena mañana cuando no hacen falta, sí serán bobos.

Transitó su humanidad todo el súper mercado pasillo por pasillo, estaba asombrado de la gran cantidad y variedad de artículos que había, cuando llegó a las verduras y frutas vio los limones más grandes que había visto en su vida, se agachó a examinarlos, contento con la calidad del cítrico buscó el rótulo que indicara su precio: C\$ 4.50 la libra, inmediatamente fue a pesar tres limones a ver cuánto le salía. Resultaba un poco más caro que los limones del mercado, pero eran estos mucho mejores, así que se llevaría esos tres para catarlos en una buena limonada, para tres días tenía ahí. Se dirigió a la caja a pagar su compra, como había mucha gente en cola, esperó como veinte minutos hasta llegar su turno.

-Buenos días, señor- Lo saludó la cajera con una gran sonrisa, cogiendo sus tres limones y cobrando lo pesado: Son un córdoba con cinco centavos.

No había terminado de decir eso la cajera cuando se escuchó un sonorisimo ¡RIIIIIING! Un gran alboroto, la gente volteó a ver a la caja en donde estaba Romualdo, se empezaron a encender y apagar unas luces de colores, sonó música de carnaval... ¡Romualdo se había ganado el Gran Premio de Inauguración al ser el cliente No. 1000! ¡Un viaje a Acapulco, vía aérea, hotel, comida, paseos, todo pagado! Salió inmediatamente el gerente del negocio a felicitarlo, atrás de él un fotógrafo tomaba las respectivas fotografías que saldrían publicadas en los diarios. A Romualdo le costó entender lo que pasaba, pero le quedó muy claro desde el principio que se había ganado algo grueso, así que sonreía feliz al fotógrafo y se abrazaba con el gerente y con quien pasara por ahí en el momento.

Pasaron únicamente quince lunas desde aquel día y ya esa mañana estaba Romualdo De Reales y Alarcón en el aeropuerto, en la capital del país tomando su vuelo hacia México, Acapulco, estaría diez días en sus playas con todo gratis. Iba vestido con una playera de algodón floreada muy vistosa, gorra y anteojos oscuros de sol. Era primera vez que el rico y anciano pueblerino volaba. Hizo todos sus trámites y rápidamente estaba subiendo las escaleras para abordar el bimotor.

-Qué grande esta chochada- pensaba contemplando el aparato - ¿Cómo jodido vuela con tanto que pesa y todavía con nosotros y el equipaje encima? No entiendo, no entiendo. Una azafata muy bonita y joven le dio la bienvenida al nomás ingresar, le indicó que su silla era la de la tercera fila a la derecha, ventanilla. Se acomodó Romualdo en ella, se sorprendió de lo suave y mullida que estaba, olorosa a limpio a pesar de la gran cantidad de personas que se

habrían sentado allí antes. Miró a su alrededor, vio unas revistas ensartadas en un sujetador elástico de la silla que tenía enfrente, decía “México, Destino Paradisiaco”, pensó que la leería durante el vuelo, ahora tendría que observar todo. Se fijó que arriba de su cabeza había tres botones, apretó uno por uno y observó que uno era para abrir o cerrar el flujo de aire acondicionado, el otro encendía la lamparita arriba de su cabeza y el tercero se iluminó en color rojo...

-¿Desea algo el caballero? Le preguntó la linda azafata.

-¡Heeee! No señorita, todo bien, muchas gracias, qué amable que es usted.- Contestó Romualdo.

La azafata apagó la luz roja y regresó a sus quehaceres.- Para eso era el tercer botón, estamos claros. Vio Romualdo cómo el avión se iba llenando de pasajeros y de parloteo, la gente metía equipajes de manos en los compartimientos que estaban arriba de sus cabezas, él no se había fijado en eso, su maletín de mano le estorbaba debajo de sus pies así que procedió a sacarlo y a colocarlo arriba, al igual que los demás, él no era ningún pendejo habíamos dicho antes. Escuchó un ¡Bram! La azafata cerraba la puerta de entrada, luego escuchó un ¡Bim! En los parlantes del avión a la vez que se encendió un dibujo de cinturones de seguridad abrochados y escuchó una voz femenina decir: -“Please fasten your seat belts, abrocharse los cinturones de seguridad, por favor”. Romualdo observó detenidamente a la vecina de su derecha para ver cómo jodido se abrochaba esa chochada, procedió a abrocharse el suyo con todo éxito, no era difícil, estaba listo.

Encendieron los motores del avión, uno tras otro. La nave comenzó a vibrar, aumentó el flujo del aire acondicionado, todo mundo hizo silencio. Romualdo se recostó en el mullido asiento, se sentía nervioso, la vibración que sentía no era usual para él, observaba a la gente: Estaban tranquilos, así que no hay que preocuparse, es normal. De repente el avión comenzó a rodar, dirigiéndose al comienzo de la pista de despegue, se movía la inmensa nave en bamboleo por las depresiones del asfalto, no le gustó a Romualdo, empezaron a sudar sus manos, se las secó en el pantalón. De repente divisó que la azafata bonita estaba adelante, parada en medio del pasillo, primero mostró diestramente la manera de abrochar y desabrochar el cinturón de seguridad, pasó luego a señalar las puertas de salida de emergencia, todo esto ella lo hacía con mímicas, mientras una voz varonil daba las instrucciones por el parlante. Continuó explicando algo así como que si se acababa el oxígeno en la cabina de repente, descolgarían automáticamente unas mascarillas para respirar, a las cuales había que halar algo para que funcionaran y así poder seguir respirando. Explicaban también que se volaría un trecho encima del Océano Pacífico y que situados debajo de cada silla había salvavidas que se inflaban automáticamente, procedió a indicar cómo se colocaban, qué había que halar

para que se inflaran, etc. Romualdo afligido, nunca pensó antes que el avión se podía caer, que se podría asfixiar pues en el momento del apuro él no se acordaría jamás qué chochada se halaba, mucho menos se veía con ese salvavidas amarillo colgado en el pescuezo y ahogándose en el mar, probablemente también desinflado. Las manos seguían sudando ahora copiosamente, se le comenzó a perlar la frente de gotas cristalinas de sudor. Terminó la azafata su presentación, se sentó en una sillita adelante y luego habló el capitán de la nave por los parlantes:

-Muy buenos días damas y caballeros, es un placer para nosotros el que hayan confiado y escogido a nuestra línea aérea," Transcaupolicán Express", para su viaje de paseo o de negocios, les damos la más cordial bienvenida, mi nombre es Ramiro Arteaga, el tiempo de vuelo estimado será de cuatro horas y media, volaremos a una altura de crucero de treinta mil pies y la información meteorológica nos indica solamente unos pocos cumulonimbos en serie y lluvias de ligeras a moderadas en el trayecto, vientos del este en ráfagas, rayos ocasionales, hemos sido informados de corrientes ascendentes de aire caliente en bolsones por lo que rogamos estar pendientes de las señales de avisos y acatarlas, muchas gracias y que tengan un feliz viaje.

-¿Cumulo Qué? ¿Corrientes ascendentes de aire caliente? ¿Rayos ocasionales? ¿Vientos en ráfaga? ¡Él no había escogido nada! Se ganó un premio y ahí lo habían encajado. - Pensaba Romualdo.-

-Despegue.- Oyó en el parlante. Profundo silencio entre los pasajeros, aceleración total de los motores, se soltaron los frenos y salió la nave en vertiginosa carrera, todo traqueteaba adentro, una tembladera espeluznante, se asomó Romualdo por la ventanilla y veía pasar la vegetación rapidísimo, de repente sintió como un vacío en el estómago, como que el avión dio un brinco... - ¡Estaban volando ya! Escuchó que aceleraban más aún los motores, sintió cómo todos apuntaban al cielo, como que costaba mucho subir y hacían los motores un gran esfuerzo para lograrlo. La tembladera cada vez peor y en lo fino, Sintió palpitaciones fuertes en su corazón, se asió enérgicamente de las agarraderas de su silla, sus manos estaban rojas por la fuerza que hacía al asirse, el sudor le chorreaba por toda la cara, el color desapareció de su fisonomía, se estaba gradualmente tornando en color amarillo. Los motores siguieron a máxima potencia un gran rato, luego la nave niveló y bajaron la potencia a los motores, eso tranquilizó sobremanera a Romualdo... ¡Pudieron subir! Se secó el sudor con el pañuelo, le regresó el color a la cara, volteó a ver a la gente alrededor: Empezaban a platicar, unos en inglés otros en español, igualmente comenzaron muchos a tomar la revista turística para leer, todos se repantigaron relajadamente en sus sillas: -Todo tranquilo, calmate Romualdo, solamente faltan cuatro horas y veinticinco minutos, ese tiempo pasa rápido si te distraés y ponés tu sentido en otra cosa. - Tomó su revista Romualdo y trató de leer... ¡No se concentraba! Se asomó entonces a

la ventanilla... ¡Qué lindas se miraban las nubes! Parecían hechas de blanco algodón. El avión se metía dentro de ellas con toda facilidad, solamente que la nave daba un brinquito suave al hacerlo, luego salía de ellas, la ventanilla anegada de rocío de agua barrido por los vientos. Se miraban allá abajo los campos cultivados, las vaquitas en manadas, las casitas... ¡Qué bonito! Se sintió más tranquilo, se le desaceleró el corazón.

Transcurrió una media hora del vuelo, el ronroneo de los motores adormecía. Romualdo iba entre dormido y despierto cuando observó que la azafata venía repartiendo bebidas a toda la gente por el pasillo, hasta llegar a él.

-¿Qué prefiere tomar el señor? Tenemos Coca Cola, jugo de naranja, café negro con crema, vino rojo, ron o whisky. Le preguntó sonrientemente la azafata.

-¿Cuánto vale eso? Preguntó Romualdo arisco.

-Nada señor, es cortesía de la línea aérea.

-Bueno, sírvame una limonadita helada, pues.

-Con gusto señor. Respondió la azafata ya sin sonrisa, pues tuvo que ir a traer a la bodeguita que estaba situada delante de la cabina. Regresó y se la entregó.

Empezaba Romualdo a beberse su limonada cuando... ¡Brin! Se encendió la señal de abrocharse los cinturones y se escuchó en los parlantes la voz muy seria del capitán:

-Abrocharse cinturones, por favor, atravesaremos bolsones de aire caliente en unos segundos y puede haber sacudidas fuertes, cierren sus mesitas y coloquen sus sillas en posición vertical, muchas gracias.

En eso el avión se fue para abajo súbitamente... ¡Juam! De un solo, aceleraron los motores a fondo... ¡Juam! Otro salto aún mayor que el primero, se abrieron algunos depósitos de los situados arriba de sus cabezas y cayeron algunos equipajes de mano haciendo gran estrépito, las luces de la cabina se apagaban y encendían como locas, la nave aceleraba y desaceleraba en cada brinco ¡Ruuum!... ¡Juam! ¡Juam! Dos caídas seguidas, bruscas. Romualdo perdió todo su color, regresó la sudadera a su rostro en mucho mayor caudal a la anterior, la gorra y los anteojos se le habían desprendido en el rebote que dio su cuerpo al subir y bajar violentamente. Él, que nunca rezaba empezó a orar un Padre Nuestro...

-¡Padre nuestro que estás en los Cielos! Bendito tú... ¡No iba así! ¡No se acordaba! ¡Olvidémonos de eso Diosito, protégeme con tu manto y poneme a salvo en este trance!

¡Juam! Otra violenta sacudida de la nave y se vino al piso todo el contenido de las bebidas que la azafata llevaba en su carrito de pasillo... ¡Ruumm! Los motores aceleraron, tras lo cual regresó la calma, empezaron a volar como para jugar billar, ni un solo movimiento y una horizontalidad perfecta, se estabilizó el ronroneo monótono de los motores. Romualdo volteó a ver a sus vecinos, se acomodaban nuevamente en sus asientos, se les veía un poco nerviosos pero en actitud normal. Sacó nuevamente su pañuelo y se secó el sudor de cara y manos, se tomó de un trago lo poco que quedaba de su limonada para espabilarse, su corazón desaceleró lentamente.

-¡Gracias Diosito! ¡Gracias Colochón! Dame paciencia, solamente falta como tres horas y media de este sufrimiento... ¡Dame valor Señor! Oraba en silencio Romualdo mientras apretaba insistentemente el botón de asistencia de la azafata... ¡Click! ¡Click! ¡Click! Esta vez no vino ella tan rápidamente como la primera vez.

-¿En qué le puedo servir, señor? Preguntó amablemente, sin sonrisa.

-Muchachita, ¿No se le habrá desprendido nada al avión? ¿No sería bueno mandar a revisar a alguien toda la nave? ¿Se habrá zafado algún tornillo de las alas? Disparaba Romualdo nerviosamente. Leí en una oportunidad que estas naves tienen hasta un millón de piezas, más de alguna se habrá averiado ahorita con estas sacudidas, señorita.

La azafata observó la pérdida de color y la sudoración excesiva del pasajero.

-No señor, esos bolsones de aire son normales. El avión los soporta perfectamente, está plenamente diseñado para soportar esos esfuerzos dinámicos. ¿No gustaría usted que le trajera un trago de whisky para que se relaje un poco?

-Pues sí, fíjate que sí mamita, traeme un guaspirolazo, ¡qué pierdo yo! Contestó el anciano.

¡Juas! Se tomó de un solo trago la alcohólica bebida. Sintió cómo el calorcito llegaba primero a su garganta, estómago y luego a sus entrañas. Se juzgó menos aprensivo, más relajado, bajó la sudoración infernal. Con el jugo y ahora el whiskey, le dieron ganas de orinar... ¡Click! ¡Click! Al botón de asistencia otra vez. Esperó un tiempo que le pareció eterno hasta que se apareció nuevamente la azafata.

-Sí señor, ¿Qué desea?

-Señorita, necesito ir al baño... ¿Dónde puedo? Preguntó el floreado y novel turista.

-Señor, el baño se encuentra al final de la cabina, en la cola, puede usted ir en este mismo momento, se encuentra desocupado. Le contestó la chica señalándole con el dedo índice la dirección en que tendría que ir.

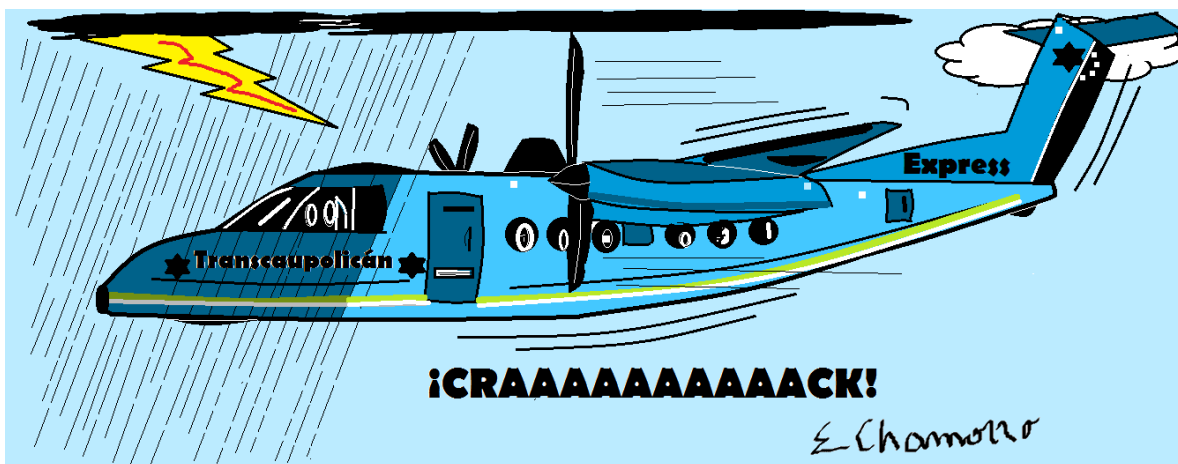
Se levantó Romualdo de su silla y se dirigió en seguida al baño. Asió la perilla de la puerta y la hizo girar, haló. Nada, era dura esa chochada, haló más fuerte usando su cuerpo como contra peso y la puerta se abrió violentamente, dándole un golpe en la mandíbula. Ingresó adolorido al cuartito sobándose con sus manos el golpe, cerró la puerta tras sí. En eso el avión hizo un leve movimiento en sube y baja, el individuo perdió el equilibrio, se bamboleó todo y buscó de dónde agarrarse para no caer completamente, se dio un buen golpe en la cabeza con el bajo cielo raso y descubrió imprevistamente un par de agarraderas de metal allá arriba, se asió fuertemente de ambas y recuperó el equilibrio nuevamente. Se dispuso a orinar, se le complicaba un poco la cosa pues tenía que estar sujeto de las agarraderas con ambas manos mientras vaciaba su vejiga... ¡Juam! Cayó la nave unos metros, (seguramente otro bolsón de aire)... Pasó cuando el chorro de orina era más fuerte, mojó inopinadamente las paredes del cuartito y otra porción del líquido se regó en sus pantalones, se esforzó y pudo dirigir nuevamente el caudal en chorro al hoyito minúsculo del inodoro de metal no sin antes haber empapado el piso y sus zapatos... ¡Un desastre! Como pudo se arregló y salió... Es decir: quiso salir, empujó la puertecita... ¡Nada! Empujó otra vez, con mucha fuerza. La puerta se abrió bruscamente halándolo a él hacia afuera, salió directamente a topar con las sillas traseras, moviendo, golpeando e importunando a los pasajeros ahí sentados, se disculpó y comenzó su retorno a la silla. Caminaba inseguro por el pasillo por las sacudidas del avión y se agarraba de cada cabecera de silla mientras avanzaba, se bamboleaba, a veces no calculaba bien y halaba de los cabellos a una que otra persona pero por fin llegó a su lugar y se sentó. Todos los pasajeros se sintieron aliviados de su triunfo y aplaudieron cuando llegó.

Transcurrió un buen rato todo en tranquilidad. Sirvieron un almuerzo minúsculo de pastas o pollo y Romualdo lo disfrutó. Levantaron las bandejas y prosiguió el viaje aéreo. Notó Romualdo que se oscurecía de repente, se asomó a la ventanilla y miro que estaba lloviendo, había nubes oscuras y ya nada de sol pero la nave tranquila, volaba como seda. Se arrellanó en su silla y se dispuso otra vez a comenzar la lectura de la revista turística... ¡Boooooom! Un rayazo iluminó súbitamente la cabina, se apagaron y encendieron las luces de la nave. Un rayo seguía a otro, unos truenos espantosos sonaban en sus oídos: ¡Craaaaack!

Empezó el hombre a rezar nuevamente, sudoración helada le recorría todo el cuerpo, otra vez...

-¡Diosito! ¡Diosito! ¡Te prometo que si llego a salvo a Acapulco haré una buena donación a la Iglesia en cuanto llegue a mi casa, te lo prometo a vos y a la Virgencita de las Mercedes! ¡Te juro que nunca más me vuelvo a encajar en estas chochadas!

Bueno, está demás seguir detallando... El viaje prosiguió con esa misma tónica durante todo su trayecto, llegaron por fin a Acapulco y Romualdo se sintió inmensamente feliz de estar a salvo y en una sola pieza. Su aspecto personal era desastroso: estaba despeinado, visiblemente mojado en las entrepiernas, se le notaba una mancha entre amarilla y café en la parte trasera del pantalón... ¡Se había cagado! Tenía un aspecto verdaderamente demacrado, vestimentas arrugadas y sudadas. Se dirigió a aduanas tras el gentío que ingresaba simultáneamente con él en las instalaciones aeroportuarias. Cola para esperar su turno, no le importó hacerla el tiempo que fuera: estaban en tierra, a salvo. Llegó su turno por fin.



-Buenas tardes caballero, ¿Motivo de su visita a México? Preguntó el funcionario tras su gabinete tomando en sus manos el pasaporte de Romualdo y examinándolo.

-Turismo señor, diez días en Acapulco todo pagado por el nuevo súper mercado. Contestó Romualdo.

-Bien, señor. ¿Algo que declarar? Inquirió el funcionario de migración y aduanas mirándolo a los ojos.

-Sí señor: No me vuelvo a encajar nunca más en ningún avión, me regreso a mi país vía terrestre.

-No señor, pregunto si trae más de \$2,500.00 en efectivo que declarar. Dijo el funcionario con una sonrisa en sus labios y observando a Romualdo en su desastroso aspecto.

-No oficial, vengo todo pago por el súper, traigo \$500.00 por cualquier cosa, gracias a Dios, con eso me devuelvo en bus.

-Bien, ¿Trajo usted consigo alimentos, granos, lácteos?

-¿Y es que no hay acá? ¡No me dijeron que había que traerlos! ¡Se suponía que era todo incluido en el paquete, hasta la comida! - Expresó Romualdo con asombro y preocupación.

El funcionario no pudo contener sus carcajadas y selló el pasaporte conminándolo a pasar.

Efectivamente se regresó vía terrestre, viaje de tres días completos. Salió cabal con los \$500.00 que llevaba para emergencias. Tramitó que le reembolsaran el pasaje aéreo de regreso en Acapulco, visitando todos los días que estuvo ahí la agencia de viajes pero fue imposible, permaneció en sus oficinas de 8:00 A.M. a 12:00 M. absolutamente todas y cada una de las mañanas que pasó en el balneario, haciendo gestiones para que le reconocieran aunque sea un porcentaje del importe, pero todo fue en vano, le cantaron cero velero. En su vida ni volvería a encajarse en un avión ni a salir de su pueblo, eso era muy caro así le regalaran todo. Ese era Romualdo De Reales y Alarcón: Drástico

Pago de Promesas Sagradas

Casualmente y a pocos días de haber regresado Romualdo de Acapulco llegó el cura del barrio a visitarlo, una fresca mañana, como a las diez. Sorprendido de tal visita, Romualdo mandó a Lastenia a preparar dos vasos de limonada (con el limón del día que gracias a Dios aún no lo había

preparado) para ofrecer a tan distinguido personaje, lo invitó a sentarse en la sala y empezaron a platicar amablemente.

-¿Qué lo trae a mi humilde morada, señor padre?

-Pues hijo, además de venir a saludarlo y agradecerle personalmente su presencia dominical en la iglesia, así como sus generosas limosnas, presumo sin dudas, el objeto de mi visita es importunarlo con el pedido de una colaboración para la reconstrucción del muro perimetral en toda la manzana de nuestra iglesia, la de nuestro vecindario señor, ya no aguantamos más a los alcohólicos, vagos y prostitutas por las noches: rayan las paredes, se marihuanean, se orinan, arrojan bilis, hasta defecan ahí mismo en el atrio, y Dios sabrá qué más hacen, amanece eso todos los días que es un espanto.- soltó el cura a quemarropa, a como era su particular estilo.

-Bien, bien, padre. Ya había notado esa particularidad, en verdad tiene usted mucha razón en lo que dice, sobradamente ya lo había notado al pasar por ahí, lastimosamente yo estoy en estos momentos algo escasito de liquidez, me resultó en verdad onerosísimo mi viaje a Acapulco, pero recuerdo en este momento que en la finca lechera hay un gran cerro de bloques que siempre ha estado ahí, desde el tiempo del viejo De Reales y Alarcón, por eso se llama "Cerro de Bloques" la hacienda, le puso así el bisabuelo que está en aquella fotografía ovalada en la pared que bien pude usted ver desde acá. Es un buen montón de bloques el que ahí hay, en realidad yo nunca los he ocupado, ni tengo planes de hacerlo, así que no veo por qué no lo podría donar para esa gran obra con nuestra iglesia, así me apunto buenas notas con el Colochón de arriba, que estoy en profunda deuda con él. Eso sí, señor cura: yo no estoy en la capacidad ahorita de trasladárselos hasta allá, estoy ilíquido, tendría usted que ver cómo hace eso.

-Pues Don Romualdo, me parece magnífico, algo es algo, claro que serían de gran ayuda esos bloques, proceda a dar la orden y mañana mismo enviaremos a trasladarlos desde allá, se lo agradezco mucho señor, Dios lo bendecirá.- dijo el cura despidiéndose y acabando su visita.

No lo van a creer, el cura envió justamente al día siguiente a traer los bloques, realmente era una montaña de unidades la que había, dispuestos como un cerro de respetable tamaño, con mucha hierba y vegetación surtida encima por los años que llevaban ahí a la intemperie tropical. Cuando llegaron a la base de los mismos, los trabajadores voluntarios de la iglesia encontraron algo así como una entrada a una cueva, rompieron a mazazos la entrada de piedra y penetraron en ella, hallaron a unos diez metros de la superficie una cámara subterránea llena de lingotes de oro, era todo una botija. Precisamente el viejo De Reales y Alarcón, las había dejado ahí, con los bloques encima pensando que si por cualquier desgracia la suerte le cambiaba,

en ese lugar tenía lo suficiente como para volver a comenzar cualquier empresa, y lo mejor guardado era lo que estaba a la vista, a como efectivamente lo fue, nadie le hizo nunca caso a esa montaña de bloques por muchísimo tiempo, hasta ahora que los donaba Romualdo a la iglesia. Cuando hicieron saber eso al cura, éste corrió a contárselo al tacaño rico, Dios lo bendecía inmediatamente con su donación a Don Romualdo.

-Vea usted, señor cura, esa finca fue lo primero que me dio a manejar mi padre porque a él nunca le gustó la lechería, odiaba esa finca y qué casualidad que ahí en ella estaba en sus narices lo que más le gustaba a él: el oro, pareciera que fue dejado ahí por Dios para esta obra suya, padre, por lo que le dono de ipso facto la mitad de todo ese oro que hay ahí, no solo para construir el muro, si no para que levantemos una nueva iglesia, moderna y grande.- contestó al sacerdote Romualdo, aplicando por primera vez en su vida la regla de oro que siempre le había enseñado su padre: “Cuando ganés un premio como la lotería, juegos de azar, rifas, o simplemente los reales te caigan del Cielo por puro gusto, siempre regalá la mitad a los necesitados o a una buena obra, eso te acarreará más suerte y más dinero a futuro, si no lo hacés, te salás.” También con eso recontrapagaba su promesa realizada en el vuelo a Acapulco. Eso le ayudaría mucho cuando diera el paso al dejar esta vida, era como comprar una gran Dispensa, una Bula Papal medieval gratis: le aseguraría un buen tratamiento para ir al Edén Celestial, él no era ningún pendejo.

La nueva iglesia se levantó, preciosa, imponente, todo el pueblo veneró a Don Romualdo De Reales y Alarcón, el gran hombre altruista, el mecenas del pueblo, el individuo desprendido, incluso levantaron un busto de él en la propia entrada de la población, con un crucifijo en la mano derecha elevada al cielo, así como también fabricaron una gran placa de bronce y la adosaron en la pared principal de la iglesia, agradeciéndole al ilustre Sr. Don Romualdo De Reales y Alarcón su munificencia a favor de la cristiandad. Así era Romualdo, un munificente cristiano de la Iglesia Apostólica, Católica y Romana.

